



DICE QUE DE  
REPENTE VIO  
UNA SOMBRA



## JUAN DIEGO MEJÍA

ILUSTRACIÓN  
TOBÍAS ARBOLEDA

**D**ice que de repente vio una sombra. A pesar de que disminuyó la marcha solo alcanzó a ver que se cubría la cara con los brazos. No recuerda nada más y solo tiene consciencia de haberse arrodillado al lado de la sombra caída. Dice que cuando estuvo bien cerca del cuerpo lo vio claro: era el poeta con su cola de caballo frondosa y viva como una serpiente.

Le he preguntado varias veces cómo ocurrieron las cosas y siempre le agrega algo al relato. Cuando me llamó por teléfono solo me dijo, Lo maté, lo maté. Y colgó. Yo puedo dar testimonio de que no estaba borracho porque apenas una hora antes remaba desnudo sobre mí y me había recitado de memoria unos poemas de René Char. Él sabe que se me alborotan las ganas de sexo cuando me hablan poesía en el oído. Por eso sé que no estaba borracho. Ni siquiera había fumado yerba. Se vistió despacio mientras me decía que iba a escribir toda la noche. A mí me gusta mucho verlo así con ese entusiasmo a pesar de que ya se está volviendo todo un experto en perder concursos de cuento y novela. Después de su llamada le marqué varias veces y se negó a contestar, dejaba timbrar el teléfono hasta que se iba al buzón de mensajes. Entonces decidí salir a buscarlo.

Tomé un taxi y le dije al chofer, Señor, voy para La Montañita. Ah, la montañita de Belén, dijo. Fíjese que yo viví allá cuando estaba chiquito. Hace tiempos que no voy por esos lados. Se veía alegre el morocho. Las manos torcidas por la artritis acariciaron el volante como dándole gracias a la suerte por volver a ver su barrio. Raúl Fernando se había conseguido esa casa en La Montañita de pura casualidad. Algún profesor de la universidad dijo una vez en la cafetería, Me voy a cambiar de casa, si a alguien le interesa, se la dejo. Y todos los demás profesores que estaban con él hicieron comentarios sobre la buena vista que tenía hacia la ciudad, el viento fresco, la vida campesina de los alrededores a pesar de estar en lo urbano. Y cuánto vale, preguntó Raúl Fernando. Sale casi gratis. Los dueños no volvieron por allá dizque por miedo a los combos y el que recauda el arriendo es el tipo de la tienda. Entonces Raúl Fernando se animó y me dijo, Ahora sí voy a escribir. Encontré un lugar para aislarme de todo y no perder tanto tiempo viendo televisión y andando la calle. A mí me pareció maravilloso que se pudiera concentrar en sus novelas y no se dejara distraer por la gente de la universidad. Así también tendría más tiempo para mí.

La primera vez lo acompañé a conocer la casa. Fuimos en la Ford de su papá y subimos la loma sin problemas. Solo al final tragué saliva gruesa cuando le dio por reversar en el puro borde del precipicio. Pero después aprendió a estacionarse como a cien metros de la entrada y hasta quedaba espacio para que pasaran los vecinos en sus motos hacia el caserío del otro lado. El espectáculo

del paisaje justificaba la distancia que la separaba de la ciudad. Y adentro, apenas lo necesario para un escritor que no quiere distracciones. Pero la verdad es que a mí no me resultaba muy práctico querernos allá. Cuando terminaba sus maromas en la cama conmigo siempre quería quedarse dormido y a mí me tocaba bajar caminando hasta la avenida 80 a buscar un taxi. Era mejor entonces el sexo en mi casa. Él se iba cuando le daba la gana, como esta noche, cuando me llamó asustado y triste porque lo había matado.

En el viaje no dejé de pensar en lo que habría querido decirme Raúl Fernando al mencionar un muerto. Estaría en la cárcel o, tal vez, en el hospital. Le pregunté al taxista, Señor, usted que es de por aquí, dígame dónde

hay un hospital o algo parecido. Hospital, hospital, no hay. Bueno, entonces adónde llevan a los heridos. Ah, pues al servicio de salud de La Montañita, y si es muy grave, de ahí mismo llaman ambulancia para que los despachen para otra parte. Bueno, vamos entonces al servicio de salud. Y el moreno que seguro ya estaba recordando sus años en que correteaba por esos extramuros dobló a la derecha y nos metimos por un caminito muy estrecho y oscuro. ¿Por esta estrechura pasan las ambulancias, señor? No, lo que pasa es que usted me avisó muy tarde entonces tocó meternos por este hueco. Menos mal que usted es de por aquí, le dije. Y él se sonrió. Seguro pensó que de algo sirvieron esos años de pobreza, por lo menos para saber recortar camino para llegar al servicio de salud.

Raúl Fernando siempre ha sido un hombre nervioso. Así son los escritores y en general los artistas. Hay que ayudarles con las cargas que les pone la vida real. Cuando me vio llegar se paró de la silla y me abrazó con fuerza. Yo me dejé abrazar y también lo apreté fuerte para que se sintiera apoyado. Después le dije que me mirara y me contara todo el asunto. Agachó la cabeza como si le diera pena hablarme y me dijo, No sé qué me pasó. En momentos así alguien debe conservar la calma,

entonces le dije, Sentémonos, amor. Y él se dejó llevar de la mano hasta unas sillas de plástico junto a una pared sucia. Ahora sí, mi cielo, cuéntame qué fue lo que pasó. Yo iba muy tranquilo, feliz, se puede decir, porque estaba lleno de ideas y de energía para escribir toda la noche como te lo prometí. Las pausas que hacía en el relato me dolían en el alma. Se veía como si tratara de no llorar. Después dijo que de repente vio una sombra. ¿Una sombra? Sí, una sombra. Pero amor, en las noches uno siempre ve sombras. Con mucho esfuerzo fue soltando las palabras que, lo confieso, al unirlas me asustaron. En algún punto del camino en donde la camioneta del papá siempre da brincos vio una sombra. Después la sombra mostró la cara y los brazos. Raúl Fernando la vio en un primer plano en la pantalla de su vidrio panorámico y no alcanzó a frenar. Se bajó a auxiliarlo y se quedó paralizado cuando se dio cuenta de que era el cuerpo del poeta. De cuál poeta hablas, le dije. Entonces cerró los ojos y confesó que era

Después dijo que de repente vio una sombra. ¿Una sombra? Sí, una sombra. Pero amor, en las noches uno siempre ve sombras. Con mucho esfuerzo fue soltando las palabras que, lo confieso, al unirlas me asustaron. En algún punto del camino en donde la camioneta del papá siempre da brincos vio una sombra. Después la sombra mostró la cara y los brazos.

el mismísimo Whitman Guillermo. Lo reconoció por la cola de caballo frondosa y viva como una serpiente.

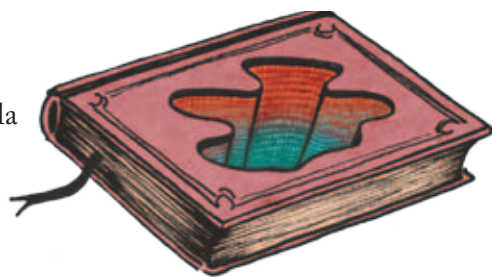
Puedo imaginarlo. Raúl Fernando arrodillado junto al poeta caído. Luego se repone del pánico y lucha por subirlo a la Ford. ¿Qué hiciste, amor, cuando

lo viste allí tirado? No sabía si podría moverlo. Leí que uno puede causar más daño si mueve en forma equivocada a un herido. ¿Entonces?

Entonces lo moví. Pero el poeta pesa mucho y era muy difícil cargarlo. Nunca pensé que fuera tan difícil levantar del piso a un poeta sin voluntad. Eso fue lo que pasó. El poeta estaba inconsciente y no tenía voluntad de levantarse. Conociendo a Raúl Fernando puedo pensar que se quedó bloqueado y no se le ocurrió nada cuando entendió que el peso del poeta sin voluntad era superior a sus fuerzas. Seguro se sentó a esperar que de algún lugar del universo surgiera la solución a ese problema. Pero Raúl Fernando es suertudo. Esa noche apareció su salvador. Dice que sintió el sonido de un motor que se acercaba. Ante una situación complicada los artistas siempre piensan lo peor, y él pensó que podría ser una moto de la policía. El que venía era el dueño de la tienda en su motocicleta cargada de bolsas de arroz, fríjoles, botellas de aceite y de aguardiente. Dice que no se detuvo en el lugar de los hechos sino unos metros más adelante, donde la moto se podía sostener sin que se le cayera la mercancía. Yo siempre le he dicho a Raúl Fernando que el de la tienda es uno de los bandidos del barrio, pero no me cree. Dice que llegó sin saludar y se agachó para ver si el poeta estaba vivo. Me dijo que lo subiéramos a la Ford con mucho cuidado, y yo le obedecí en todo. Él lo agarró por las axilas y yo por los tobillos. Lo sostuvo un momento con el muslo mientras abrió la puerta del pasajero. Entre los dos lo acomodamos para que no se aporreara en el camino. ¿Y el tipo de la tienda te acompañó? No. Solo me dijo por dónde me debía ir, y me aconsejó decir que lo había encontrado tirado en la carretera. También me dijo que me fuera antes de la llegada de la policía para no meterme en líos.

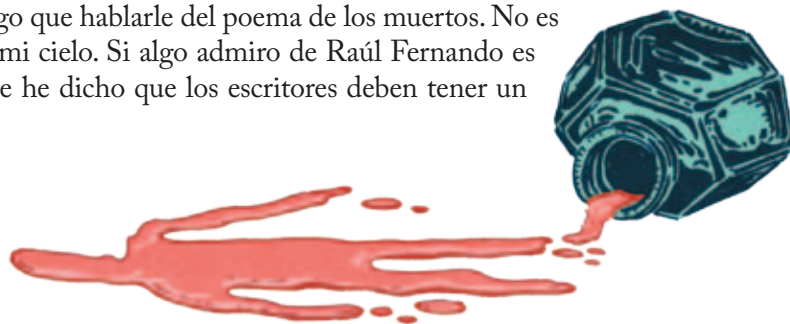
En el servicio de salud de La Montañita no hay policías. Solo un vigilante de uniforme azul con un garrote colgado de su correa. Es un hombre viejo con uniforme descolorido. Le ayudó a Raúl Fernando a bajarlo de la Ford y acostarlo en una camilla. Dice que no le preguntó nada ni le pidió que se quedara esperando a la policía. Lo entraron a un cuarto donde había un médico tomando la merienda con una enfermera. Cerraron la puerta y él se quedó afuera sentado en una silla de plástico junto a la pared sucia.

Yo sé que lo más doloroso para Raúl Fernando fue haber reconocido al poeta. Tal vez si la víctima hubiera sido otra, un transeúnte cualquiera, no lo habría tomado tan a pecho. No estoy diciendo que no lo habría recogido y llevado al servicio de salud. Digo que a la culpa del accidente se le sumó el dolor de haber atropellado a una gloria de la literatura colombiana. Dice que se sintió como si hubiera atentado contra un dios. Tal vez por eso se quedó en la parte exterior del cuarto adonde entraron al herido. Estaba listo para recibir el castigo que quisieran imponerle. Cuando yo llegué él llevaba dos horas allí sentado, con las piernas separadas y los codos en los muslos. Quién sabe en qué pensaba. Después de narrarme los hechos volvió a quedarse callado y no quiso que saliéramos a fumar ni a recibir un poco de aire fresco. Esa pausa larga me sirvió para



reparar toda la escena en voz alta. Qué hacía el poeta en esta montaña, a estas horas, por qué andaba a pie, por qué estaba solo. Raúl Fernando me miró como si estuviera loca. El poeta vive en Bogotá, como todos los poetas de este país, le dije, escribe acerca de calles europeas, sus personajes son de sitios muy lejanos. ¿Estás seguro de que era él? Seguro, le vi la cola de caballo abundante y la coronilla casi calva. Pero muchos hombres pueden tener cola de caballo y coronilla calva. Sí, pero era él, créeme, lo sentí apenas me le arrimé. No hay forma de equivocarse cuando uno siente las cosas así tan claras. Bueno, amor, no digo que no hayas sentido al poeta, pero es posible que no sea él. Voy a averiguar. Es él, te juro que sentí lo mismo que me movió el alma al leer su poema de los muertos. Bueno, amor, te creo, le dije, y le acaricié las manos. Él siguió pensando en el poema de los muertos y yo me levanté de la silla como quien no quiere hacer ruido. Me acerqué al consultorio y golpeé suave con los nudillos. Al momento sonó el seguro de la chapa y chirrió la puerta al abrirse. Una enfermera bajita me saludó y luego miró al médico que hacía el crucigrama. Al fondo estaba el poeta acostado. Vengo a averiguar por él. Lo estamos observando, dijo el médico. ¿Puedo verlo? Tal vez pensaron que yo era pariente porque nadie se opuso a que fuera hasta la camilla y me parara a su lado. Yo no sentí lo que sintió Raúl Fernando junto al poeta. Tuve la sensación de estar frente a un hombre común y corriente que roncaba tranquilo. Tenía un saco de lana cerrado con botones adelante y las manos eran gruesas como las de un obrero. No me pareció que alguien vestido así pudiera escribir cosas como el poema de los muertos. No parecía la estrella de los escenarios europeos. No pude imaginarlo hablando francés o italiano frente a un auditorio de conocedores de la poesía. Allí, en ese rincón del consultorio, tuve la certeza de que Raúl Fernando no había atropellado al gran Whitman Guillermo sino a un vecino de La Montañita. Me fui retirando poco a poco y, cuando estuve frente al médico, le dije, gracias doctor, yo creo que está en muy buenas manos. Ni él ni ella me dijeron nada. Salí caminando despacio y cerré la puerta detrás de mí.

Si hubiera sido otro poeta, Raúl Fernando no habría estado tan compungido. No digo que no le importara, seguro también reaccionaría con esa entereza que lo hizo cargarlo y subirlo a la Ford, luego llevarlo al puesto de salud y exponerse a que la policía lo culpara. Pero el poema de los muertos siempre lo había obsesionado y tal vez por eso se dejó hundir en un pozo de confusiones y parecía negarse a salir. El médico dice que el hombre está bien, le dije. Lo están observando. Tengo que hablar con él. No, amor, no creo que el médico te lo permita todavía. Tengo que pedirle perdón. No, mi vida, esperemos a que se recupere del todo. Tengo que hablarle del poema de los muertos. No es el momento, mi cielo. Si algo admiro de Raúl Fernando es su bondad. Le he dicho que los escritores deben tener un



poquito de maldad en el corazón. Yo creo que por eso no gana concursos, pero es apenas una intuición de las que nos llegan de repente a las mujeres. Si fuera un tris malo, solo un tris, podría ver cómo es el mundo en realidad. Sus personajes serían más malvados y más impredecibles. Pero él no cree en la maldad. Dice que el poeta va a despertar y le va a agradecer que lo hubiera cargado sin importarle lo mucho que pesa cuando no tiene voluntad. Yo le digo que mejor nos vamos y esperemos noticias en mi casa.

El vigilante viejo está afuera tomando café con alguien que llegó en una bicicleta. Seguro le está contando que hace como tres horas trajeron a un herido en esa camioneta que está allá estacionada, y señala la Ford. No demoran en llegar otros vecinos a averiguar el chisme. Vámonos, amor. Llévame a la casa que estoy muy cansada. El poeta se va a recuperar y no tienes que esperarlo aquí sentado. El médico dijo que me llamaría a mi casa. ¿Vamos?

Tal vez no me cree del todo. Es posible que sospeche de mi aparente tranquilidad. Pero no hay dudas de que esas horas ahí sentado lo hicieron pensar. De todas formas él hizo todo lo posible por frenar pero fue la sombra la que se estrelló contra la camioneta. Él no salió huyendo como un criminal sino que esperó hasta cuando llegó el de la tienda a ayudarlo. Y ahí estuvo, listo para enfrentar la situación. ¿Estás segura de que se va a recuperar? Segura, amor. ¿Y el médico tiene tu teléfono? Lo tiene. Entonces vamos. Cuando nos llamen volvemos. Sí, mi cielo. Vamos.

La Ford está fría y Raúl Fernando tiene que chancletearla hundiendo el acelerador varias veces antes de encenderla. Por fin prende y tomamos un camino distinto al que me enseñó el taxista. Empezamos a bajar despacio. Los dos pensamos en la sombra que apareció de repente. Y así pasamos un rato largo mientras el camino se va ampliando. Vamos en silencio y a oscuras hasta cuando aparece de nuevo la ciudad con todas sus luces que se meten por el vidrio delantero de la Ford. ■

---

*Juan Diego Mejía* (Colombia)

Ha sido profesor de Escritura Creativa en las maestrías de la Universidad Nacional de Colombia y en la Universidad EAFIT. Actualmente, dirige el Taller de Creación Literaria de la Biblioteca Pública Piloto. Algunas de sus obras son: *Rumor de muerte* (cuentos. Coopiss, 1982), *Sobrevivientes* (cuentos. Colección Autores Antioqueños, 1985), *A cierto lado de la sangre* (novela. Planeta, 1991), *El cine era mejor que la vida* (novela. Colcultura, 1997; Editorial Universidad de Antioquia, 2000; Norma, 2003), *Camila Todoslosfuegos* (novela. Norma, 2001), *El dedo índice de Mao* (novela. Norma, 2003), *Era lunes cuando cayó del cielo* (novela. Alfaguara, 2008), *Soñamos que vendrían por el mar* (novela. Alfaguara, 2016).